

“Au travail!”, *Écritures*, 11, Liège, Les Éperonniers-Université de Liège, 1999.

La revista belga francófona *Écritures* está coeditada por la Universidad de Lieja y Les Éperonniers de Bruselas y dirigida por Sémir Badir.

Este número ha sido dedicado al trabajo, literario y no literario, de los escritores, a la confrontación entre ambos tipos de actividad, a las soluciones personales adoptadas por aquellos. Se nos ofrecen las declaraciones de diez y nueve autores en las que se aprecian indudables constantes que serán comentadas a continuación. Una segunda parte, dedicada a la creación bajo el título un tanto presuntuoso de *Le ptyx*, nos presenta una miscelánea de prosas y poemas de diez y seis autores, de calidad variable, y que ahora sólo reseñaremos citando no selectivamente algunos nombres: Henri Bauchau, Jean-Louis Chrétien, Yves Peyré, Daniel Thürler, Gérard Noiret.

La lectura del célebre y demoledor “*car il a consenti à travailler*” (*Manifeste* de 1924) debe completarse con la página de *Nadja* en que Breton afirma: *je suis contraint d’accepter l’idée du travail comme nécessité matérielle, à cet égard je suis on ne peut plus favorable à sa meilleure, à sa plus juste répartition. Que les sinistres obligations de la vie me l’imposent, soit, qu’on me demande d’y croire, de révéler le mien ou celui des autres, jamais.*

La negación expresa del valor moral del trabajo es, de alguna forma, un *leitmotiv* en nuestra cultura, presente ya en los textos fundadores: cómo no recordar la condena del *Génesis*. En cualquier caso, este pensamiento casi “natural” ha convivido durante largo tiempo y hasta ahora con su contrario, con la visión dignificadora del trabajo que, estoy convencido, no procede sólo de propagandas dogmáticas, no viene sólo desde arriba. El hombre, en el mejor de los casos y también de forma natural, intenta no sólo aceptar las realidades que debe asumir sino insuflarles el máximo de alegría irrenunciable, de posibilidad de sentido y cumplimiento (o, en ocasiones, rebelarse contra lo claramente injusto). Ya aquí las distintas consideraciones del trabajo pueden variar enormemente: desde la necesidad franciscana primitiva de no vivir de la limosna

sino de cualquier oficio en el seno de una pobreza perfecta hasta la consecución de las alas que permiten al Zorba de Kazantzakis emplearse en el esfuerzo, correr tras las faldas y perderse en el paisaje.

Entre la negación y la afirmación del valor moral del trabajo cabría la vía intermedia de la matización: cualquier trabajo es positivo siempre que seamos capaces de encontrar su médula vital y que nos deje el tiempo necesario para el respiro, para otras respiraciones esenciales. En su texto de este número de *Écritures*, Fabrice Neaud recuerda el eslogan del 36 del Front Populaire: *huit heures de travail, huit heures de sommeil, huit heures de loisirs*, y analiza cuánto tienen de ficción las ocho horas del esparcimiento. En efecto, nuestra especie podría merecerse más. La hormiga descansa el setenta por ciento de su tiempo; el león y otros grandes felinos, el noventa y cinco. El hombre del siglo XXI, en el mejor de los casos (véase el de un no-parado mayoritario del primer mundo) alcanzaría un irreal sesenta y cinco por ciento de *sommeil-loisirs*, lo que representa poco para Neaud, y para otros muchos probablemente. ¿Será que el *homo sapiens sapiens* no da más de sí, que su manera de estructurarse en sociedad no tiene otra salida?

En cuanto a la consideración de la actividad literaria como “trabajo”, la mayoría de los autores que opinan en la revista terminan considerándola como un híbrido bastante indefinible. Evidentemente es trabajo, pero no alienante: *cadence intime*, dice Didier Daeninckx; *survie*, afirma René de Ceccaty; actividad esencial y gratuita como el sexo, según Marie Darrieussecq; respiración necesaria para Martin Winckler, etc. La mayor parte de estos escritores insiste sobre la alienación extrema que supone el trabajo convencional: véase la fábula de Dominique Fabre, por ejemplo. Otros fustigan el ideal liberal de la rentabilidad a cualquier escala, como Jean-Claude Émion. Si tomamos sus opiniones como muestra de lo que siente nuestra sociedad, vemos que la alienación descrita por Marx parece seguir creciendo y que los

artistas del siglo XXI se encontrarían en mayor extrañamiento vital frente a la realidad que los manieristas del siglo XVI de los que tan magistralmente habló Arnold Hauser.

Ahora bien, leyendo los textos de *Écritures*, uno no puede menos que asombrarse en ocasiones de cierta presunción nacida quizás del desprecio. Por ejemplo, Marie Darrieussecq llega a afirmar que de no haber podido vivir de la literatura se hubiera prostituido. *Boutade*, probablemente, pero horrible. Para ella, *un véritable écrivain ne travaille pas à côté*. Respetando cada sentimiento personal y defendiendo la pasión por lo que se considera más propio para el auto y extra cumplimiento, no veo por qué todo escritor debería poder vivir de su escritura. En primer lugar, por la fluctuante “calidad”, a todos los niveles, de lo producido; en segundo lugar, por la aceptación nunca asegurada de un público, independientemente de la calidad; y en tercer lugar porque los mecanismos del mercado no tienen demasiado que ver con la actividad artística en su sentido más profundo. Como aspiración me parece legítima, pero no tanto como exigencia interna o externa. Dice el pensamiento estético tradicional chino que todo hombre de bien debería cultivar las artes (poesía, pintura, caligrafía, música de laúd) sin hacer de ello un oficio, ya que esto desvirtuaría el anhelo de acrecentar la propia humanidad. Algo semejante expresa Serge Delaive en la revista cuando habla de los compromisos que exige la “vida literaria” y de su elección de guardar intacto lo que resiste al juego del negocio.

En resumen diría que *Écritures* ha elegido un tema sumamente interesante. La mayoría de los autores expresan, en algunos casos con una sinceridad que llega a sorprender, sus peripecias vitales y su pensamiento, de manera que invitan a la reflexión no sólo sobre el problema del trabajo y de la condición artística sino también, indirectamente, sobre la naturaleza de la literatura y su función tanto personal como social.

Francisco Javier DECO PRADOS
Universidad de Cádiz